

Dime Luzbel

¿En qué cráter encontraste el azar del fuego?  
¿Dónde envolviste las llamas de tu hogar?  
¿En qué sepultura derramarás tus lágrimas?

Como flores marchitas supurarán venganza,  
como adalides sin nombre encontrarán la paz  
en ese lado oscuro donde habitas  
con una antorcha por cincel eterno.

Construiste desesperación por casa,  
en tu carencia despertaste el trueno,  
en tu arrogancia desnudaste la luz,  
y ahora, tras mil años de sueño impío,  
amaneces las semillas de tu cuerpo  
y tus rosas de ámbar  
se incineran en tu alma en sombras.

¿Dónde guardaste el mimbres de sus pétalos,  
su polen ígneo?

¿Debo alzar la media luna para secar tu lava?

¿Queda en ti algún recuerdo del Amor,  
alguna memoria del ángel?

Quisiera recoger las piedras,  
ofrecerlas en tu nombre,  
lapidarme.

Quisiera recoger las aguas,  
abrir las, succionar tu semen.

Darí a mi sangre por tu desnudez eterna,  
el polen de mis bragas,  
el autismo de mis propios ojos.

Como Electra  
me desnudo en la colisión,  
soy caos, torbellino y raza.

Siento el pulso de la derrota,  
el fracaso de la carne.

En mí,  
tu cuerpo se transforma en alma.

En ti,  
mi cuerpo se devora.

Soy mi buitre  
creciendo en altitud.

Soy la higuera partida por el rayo,  
la oración de Job,  
el mirlo que sus alas resucita.

La mandrágora.

El ser.

Vibrará el viento en tu semblante,  
serás gusano, oruga, hueso  
de carne descompuesta,  
muñón desesperado.

Serás corazón que se pudre  
en el navío del ángel.

El grito surge del estómago  
de un Sísifo que sucumbió  
al peso del mundo,  
que arrastró sus talones  
por la aridez sangrante,  
y le llovió a la roca  
cuervos moribundos.